

II. RUTAS DE PRIMAVERA

16. LA PRIMAVERA EN VALGRANDE (II): DEL CANTO DEL CUQUIECHU, A LOS PRIMEROS BROTES BAJO LAS BRAÑAS



El bosque con nieve



Con la niebla en sala



Los Fitos de los tímulos (El Prau Chagüezos)

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** El Ruchu, sobre las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** El Ruchu, sobre las 4 la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** Las Morteras de Payares, el despoblado de Polación, los fayeos de Valgrande.
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** mínimo (la pista es amplia y llana por todo el bosque).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** primavera (a tiempo para escuchar los sonidos del alba en el fayotal).
- **TIEMPOS:** los que se quieran (cuando nos apetezca damos la vuelta por la misma pista en pleno hayedo). Todo depende del tiempo todavía invernizo, o ya primaveral.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Salimos hoy *Ruchu*: cantizal sobre Payares, a partir del nombre asturiano *rollu*, *rotsu*, *rutsu*... ('tronco cilíndrico'). Vistoso paraje en las dos direcciones del valle.

El fresco de la mañana, y el manto ocre del hayedo, salpicado con los primeros tonos verdes de abedules, y las flores más tempranas de los espinos, nos informan, sin falta de cartel alguno, de que es primavera en Valgrande.

Tomamos la pista que desciende suave a la derecha sobre La Chinariaga. Nadie la recuerda ya sembrada de *lino*, *el tsinu* (aquella planta del hilo, imprescindible entonces en los pueblos de montaña).

Entramos (con el respeto debido a los propietarios de Payares) en *La Mortera* comunal del poblado:

otro amplio pastizal que se extiende entre las fincas y las *fayas* de Polación. *La Mortera*, en el decir del nombre, es propiedad de los 'moradores' de Payares (tal vez desde el lat. *morari*, **morataria*, 'por derecho de morada').

Es casi primavera y el bosque marca su ritmo al margen de calendarios y *calendas*. Sobre los primeros arroyos del pastizal, van floreciendo ya *los salgueros*, *las espineras*, *las chameras*..., muy aficionados ellos a la humedad de los arroyos.

Al tiempo que contemplamos los pueblos apostados a la otra ladera del valle (La Malvea, El Nocíu, Santa Marina), llegamos a Polación: despoblado actual a la entrada del bosque de Valgrande, un poblamiento nacido, tal vez, en continuidad con El Castiichu

(montículo empicado a la otra parte del río).

El camín de peregrinos y camín real por Polación

Hacemos un primer alto sobre Polación, para “leer” los caminos del valle. Las casas del actual despoblado representan una larga historia de comunicaciones a través de San Miguel del Río. Era el camino alternativo al que ascendía más desabrigado por La Triema y por el pueblo de Payares (casi a media ladera de la montaña).

De un lado, *el camín real* descendía de los altos de La Calera y Tibigracias hacia Payares y La Romía. Del otro, *el camín* se desviaba por El Quentu los Muertos y Polación hacia a Yanos, Munistiriu, Herías... (ruta 5). De modo que desde San Miguel ascendía (o descendía, según se mire) una derivación del *camín francés* —como ya se dijo.

Desde San Miguel, subía el camino a Polación por Los Barriales: *camín barrizosu*, todavía hoy hasta los *corviones* —nos advierten expresivos en el poblado (ahora es pista de montaña); pasaba Las Puentes de Salas (junto al río, sobre las casas mismas), y ascendía por El Puente'l Texal, La Pedre-ra'l Texal (quedan algunos *texos* aislados), Las Tercias, La Pedrera el Praicu los Palomos, Las Cuan-dias (paso sobre peñas)...

El *camín real* llega así a Polación. Entra por L'Ateyu, pasa entre Las Panizaliegas (antes ‘tierras de panizu, escanda’), La Güerta

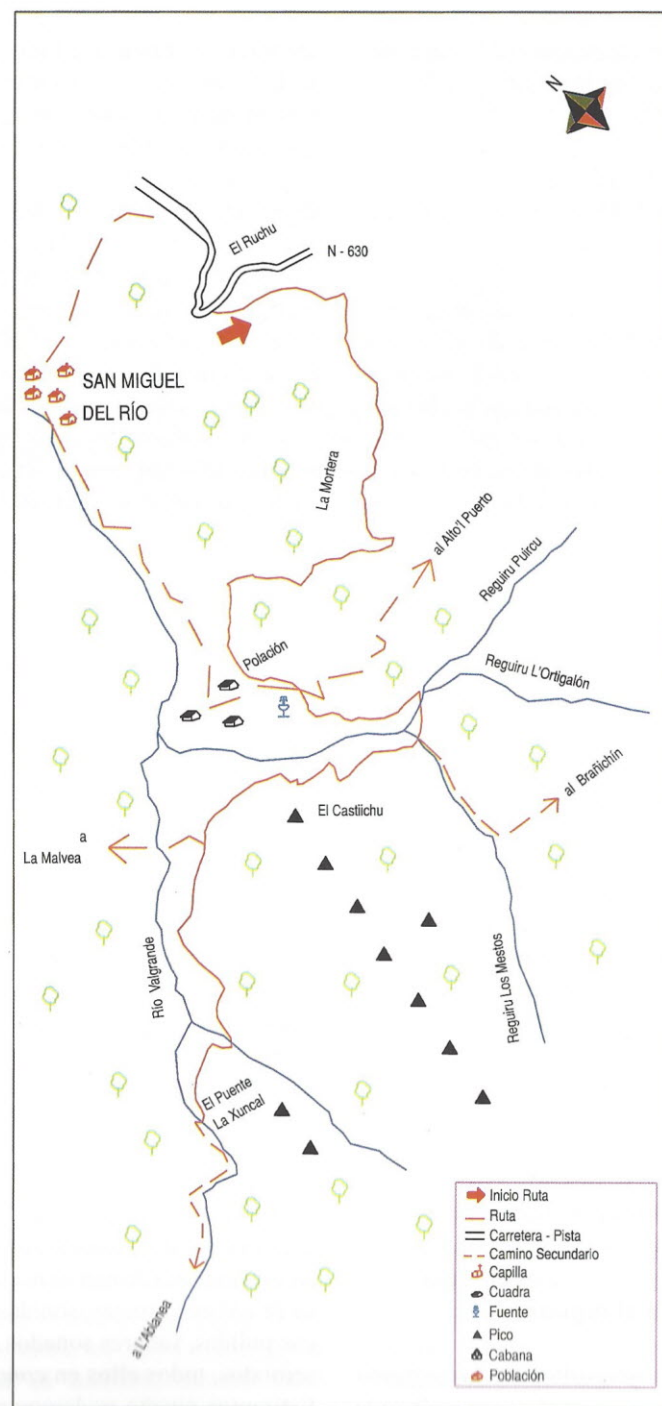
(hoy transformada en *prau*), y La Casona (cuadra ya también, que no vivienda). Y sale a la explanada de pradera bajo la fuente actual (fuente y abrevadero). Justo a nuestros pies.

Desde Polación, *el camín* continúa loma arriba, por La Fabariega, Los Cochaos, El Xugu los Bolos, El Mayéu l'Estudiante, El Quentu los Muertos, La Casa Tibigracias (cruzada la carretera actual), La Calera, La Yana'l Puerto, La Gobia, Arbas (junto a la abadía)... Y hacia Tierras leonesas.

Los cantos de los malvices entre los televisores oxidados al azar por el hayedo

Desde Polación, seguimos la pista en *yano*, asomados de cuando en cuando a la empinada ribera que desciende al río. La mañana se estira fresca por unos robledales y hayedos, todavía deshojados. Sólo de medio bosque abajo, empiezan a despuntar los primeros brotes del arbolado. Por el monte arriba, en cambio (a nuestra izquierda), las ramas parecen aún dormidas en el sueño más frío del invierno. También *los rebochos* y *las fayas* establecen sus propias leyes aún dentro del mismo hayedo.

Caminamos con la vista colgada del *fayeru*, a la pesquisa inocente de algún *cantaderu* sobre cualquiera de aquellas corpulentas *fayas*. Y nos conformamos con pensar que tal vez esta misma madrugada, un joven urogallo habrá



inundado con sus chasquidos sordos los recovecos del bosque, haciendo bueno el dicho de los vaqueros:

“Cuando las fayas tan a puntu de brotar nel fayotal, canta'l gatsu monte”

Un poco más abajo, encaramados en algún rincón discreto sobre el río, *malvises*, *tordos*, *xarricas*, *raitanes*..., parece que andan a la tema, por ver quién extiende más lejos sus trinos de rama en rama, haciendo olvidar la canción monocrorde de las aguas del Valgrande.

Y para amenizar la orquesta con el paisaje, un poco más allá, camino de La Vega'l Mur, reposan los restos de un par de televisores destripados, con los mandos *furruimientos*. Es la otra cara del bosque: la menos ecológica, ciertamente.

Dedicamos unos minutos de silencio (no encontrábamos palabras) a la pareja de pantallas reventadas, que ya nunca verán brillar otros colores que los de aquellas *fayas*; ni escucharán otros cánticos, que los de las *xarricas* encaramadas sobre cualquier *xabú* a punto de florecer.

“Leer” el hayedo con todos los sentidos: sonidos, fragancias..., la blancura sonora de las espineras sobre el regueru

Los gorgoritos de los páxaros revolotean ante la vista malherida

por los cables al viento de los televisores destripados. El jolgorio de las *xarricas* restalla entre los vidrios desparramados de aquel par de amasijos tan fuera de lugar.

Con todo, y a pesar de la herida abierta en las entrañas del hayedo, una sensación de suavidad pulida y de vigor boscoso brilla sobre las cortezas plateadas de las hayas.

Caminamos bosque a través (todavía se nos resisten las palabras), mientras el sabor a fragancia refrescante y blanca asciende entre el murmullo del arroyo. Ladera arriba, nos invaden los aromas del bosque, lanzados al viento por unas cuantas espineras sobre el *regueru*, que se cubren allí de flores mucho antes que de *fueyas*.

Del otro lado de las aguas del Valgrande (la cara más *soleyera* que da al saliente), allá sobre Valdarcos y La Malvea, la vista percibe también otro mosaico de arbustos más tempraneros igualmente florecidos: *peruyales*, *piruxechales*, *nisales*, *cerezales*...

Como si de tiempos menos *gasyaseros* se tratara, se diría que *peruyales* y *nisales* aún se sienten responsables de tener que alimentar en la *seronda* a tantos zagales y zagalas (que hasta hace poco alimentaban) en sus idas y venidas entre las casas del poblado y las *cabanas*.

Mientras cruzamos el valle (por algo lleva lo de *grande*), aumenta en esta mañana de marzo la *esquisa* de colores, aromas, sonidos, *fayas* pulidas, sabores soñados más *serondos*, todos ellos en *conciyu*. Estiramos cuanto podemos estas



Tras las primeras flores de los *viruéganos* en Valgrande

horas tempranas a medio bosque, por una pista que no ha de terminar hasta L'Ablanea.

La hora del bocata, entre los xunclos de La Xuncal

El ruido de los motores por la Autopista entre Los Bucarones y La Pena'l Barral (*El Negrón*, según confunden los mapas) nos informa de que vamos llegando a lo *cabero del fayeru*. Y como *el aire del monte da fame*, alguna buena idea se levanta entre tanto aroma: la del bocata.

Nadie se opone, por supuesto. Y así, sin *gorgutar* tampoco palabra ahora (por razones bien distintas a las de los televisores destripados), sobre el puente La Xuncal, sentados entre los *xunclos* que justifican el nombre, damos buena cuenta del bocata al ritmo de las

aguas del río Valgrande resonando suaves entre las ramas.

El silencio de los carripoches en la memoria de los ablanos

Entre pitos y flautas, va cayendo el mediodía entre las *fayas* de Valgrande, por lo que decidimos disfrutar de nuevo por el hayedo en el camino de vuelta. Dejamos L'Ablanea para el otoño. Y esperamos llegar antes que el proyectado pantano de Valgrande.

Esperamos volver a tiempo para contemplar los penúltimos *ablaneros* de la desaparecida braña de L'Ablanea, que (a lo peor) también se van para siempre, sepultando su larga historia alimentaria entre las aguas de un pantano en pleno hayedo.

17. LA CUEVA GANCIOS Y EL COBRE PRERROMANO DE TEXEO: DEL SOSECHAR A RIOSECO, ENTRE LOS COLORINOS DEL MINERAL

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** El Sosechar (kilómetro 7 de la carretera a Quirós), sobre las 9 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** misma campera del Sosechar, hacia las 6 de la tarde (se puede llegar mucho antes).
- **PARAJES DE INTERÉS:** Los Pumares, El Muñón d'Espinas, La Cueva Gancios, La Calzá'l Fierro, Las Minas de Cobre de Texeo, Río Seco (Riosa), El Puzu los Chobos, Chamixé...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-alto; la ruta es corta, pero hay algunas pendientes pronunciadas entre las calizas del Aramo.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** comienzos de la primavera, entre los últimos neveros del Aramo y los primeros retoños del hayedo.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Cuando los ganaderos de Armá ultiman en las cuerdas de Peral las primeras faenas de la mañana, dejamos los coches en cualquiera de aquellas pistas, arrimados de forma que no estorben a transeúntes ni a ganados. Es también ley del monte reconvertida.

Al paso por El Sosechar, llenamos las cantimploras en el manantial que cae al abrevadero por una canal en piedra, que se diría tallada a mano, aunque sólo fue cosa del tiempo. Conviene llevar agua, incluso en los inviernos: sabemos, por los ganaderos del valle, que la zona del Aramo no abunda, precisamente, en agua.

Campera del Sosechar arriba, pronto divisamos los restos de *la calzá'l fierro*, que por tantos años sirvió a carretas y carreteros en su trasiego del mineral. Dos destinos muy concretos: arriba, *La Mina'l Fierro* en La Paradiecha; abajo,

La Fabricona, sobre las aguas del río Nareo, a su paso por Morúes (ya casi en Piedracea).

Les letres del muñón d'Espines

La senda de *la calzá'l fierro*, con la caja hoy de pradera, sigue, todavía, respetada por los arbustos, debido a que está debajo empedrada. La silueta de *la calzá* nos lleva directos a Espinas: vaguada mayor en pando que divide el valle entre lenenses, quirosanos y riosanos.

Leemos algunos detalles del *muñón d'Espines*: aquel mogote en piedra, raído por tormentas y ventiscas, justo en el punto divisorio de las aguas vertientes. En su tosca cara norte, la R de Riosa; al este, la L de Lena; al suroeste, una desdibujada Q de Quirós.

La explicación de esta última circunstancia de la Q se debe a los derechos quirosanos sobre estos

pastos del Aramo vertientes hacia Lena. Acuerdos obligados de los vaqueros cuando había que compartir la braña, con mejor o peor ceño.

Los testigos de un mojón: el sello de las palabras bajo las piedras

El *muñón d'Espines* se conserva en su sitio hasta la fecha, debido, sin duda, al respeto con que los lugareños miraron siempre a los mojones linderos. Tampoco era fácil de engañar con un *muñón*.

Enterrados en la base del mojón, acostumbraban las partes en litigio a colocar *testigos*: tantos trozos de una misma pieza (*teya*, *escudiecha*...) como propietarios colindantes. Cada parte litigante llevaba un fragmento correlativo que guardaba a buen recaudo, por si un día había problemas.

La prueba era evidente: en caso de cualquier sospecha de desplazamiento del *linderu*, se reunían las partes; levantaban el *muñón*; cada uno sacaba sus pruebas y procedían a reconstruir los fragmentos en la forma y posición originarias. Si no coincidían, el *muñón* había sido desplazado y falsificados los testigos.

Sea lo que fuere acordado en el *muñón d'Espines* (desconocemos los "testigos" concretos), el hecho es que desde tiempo inmemorial los vaqueros de estos valles hicieron llegar respetuosamente el *muñón* a nuestros días.

Y con el pensamiento en el ejemplo de estas brañas comparti-

das por los altos, seguimos camino a La Cueva Gancios (la cueva fácil, pues hay otra bastante más peligrosa en vertical).

Entre los gancios que rodean la cueva: la zarzaparrilla de bolas colorás

Desde *el muñón d'Espinas*, justo en dirección norte, tomamos el *senderu* que bordea la *cabana del mayéu*, y nos lleva directos a La Cueva Gancios mejor de andar. Ascendemos ligeramente por la *carba*, a medida que la senda se vuelve más difusa entre el monte bajo y los arbustos.

Todavía quedan algunos *gancios* para explicar el nombre de la cueva: unos cuantos arto grandes de bayas rojas en otoño. Son del tipo zarzaparrilla (*Smilax aspera* L.).

En pocos minutos, y en un rellano tras las primeras *fayas*, topamos de sopetón con la abertura de la gruta: una oquedad estirada en altura y con un par de metros abundantes a lo ancho. Traemos buenas linternas, por lo que pasamos intrigados, pero sin problemas.

Las estalactitas y otras figuras calcificadas de La Cueva Gancios

La Cueva Gancios se anda bien por esta entrada: es completamente llana (unos 50 m de larga), con suelo apacible, muy trillado por el uso y los arreglos de algunos curiosos de la espeleología. La cue-

va se va abriendo en longitud y en altura a medida que nos adentramos en las entrañas calizas del Aramo.

Una primera sala (como de unos 10-12 m de alta, por 6-8 de ancha), nos empieza a ofrecer las típicas formas calcificadas en conos irregulares, colgadas de los techos: exentas, unas; adosadas, otras; muy gruesas y en formas ovaladas, las menos. Con la vista en el techo, siguiendo el rastro de las linternas, buscamos en vano la silueta de alguna figura parecida a cualquier cosa. Nos conformamos con las toscas formas brillantes.

Seguimos unos metros más y damos en otra estancia semejante, de la que parten cavidades más altas, a las que, evidentemente, ya no podemos acceder. Contemplamos unas cuantas estalactitas, granuladas y brillantes, que deben llevar muchos siglos decorando la oscuridad rocosa, a

juzgar por el grosor de las formas calcificadas.

A unos cincuenta metros, más o menos, de la entrada, la caverna se estrecha hasta reducirse a un pasadizo angosto, que parece excavado en parte. Y en este punto, recordando el día de sol que debe seguir brillando fuera sobre las *fayas*, dejamos el resto de la cueva para aficionados más expertos y, sobre todo, bastante más arriesgados.

El plumiru de un péxaru, en sin esmaguchar

En pocos minutos salimos de la gruta entre el revoloteo de unas *glayas* que parecen pedirnos cuentas por intrusos. De nuevo en la claridad radiante del mediodía, desandamos la senda a la *cabana* d'Espines.

Y seguimos "leyendo" el suelo del hayedo: un puñado de plumas



La Cueva Gancios, sobre Espines

frescas semiesparcidas a ambos lados de una senda, da lugar a las observaciones de Manuel del So-sechar: "*Pe la forma de las plumas, puen save-se munchas cosas del péxaru espiriquéu*".

"Por ejemplo —escuchamos al lugareño, sin apestañar, y con los *güeyos bien abiertos sobre el plumiru—, podemos saber si yera machu o fema: si las plumas son más claras, yera fema; más oscuras, machu; si, las plumas tan esmaguchás, masticás o royías, ye que lu cazó un canino (un rapusu, una fuína...); si las plumas tan enteras, sin romper ninguna, ye que lu cazó utru péxaru (un ferre, la palombiecha...). Nesti casu, nun hay duda —diz Manuel—: yera una malvisa*". Es decir —lo sabremos luego: *Turdus philomelos*, *fema*.

De nuevo al muñón d'Espines en dirección a Chamixé

Con la imagen de la cueva y del *plumeru* explicado por Manuel, desandamos la senda de nuevo al *muñón* d'Espines. Ya por suelo más llano, tomamos la pista ahora a la izquierda, en dirección al cordal divisorio de lenenses y riosanos.

Y en pocos minutos damos en La Fuente Chamixé: manantial a la derecha de la calzada (unos 100 m. tras las *chamargas*), justo al dar vista a la vertiente lenense otra vez.

Refrescados con aquellas abundantes aguas, cruzamos la calzada

a la izquierda, oteamos los valles riosanos, y pronto divisamos en la ladera opuesta (la del Aramo) los restos de las minas sobre el poblado de Llamo: abajo, las edificaciones destartaladas; casi arriba, las escombreras del cobre.

Podemos descender por cualquier senda, o por las pistas que serpentean más largas hacia el fondo del valle. Bajamos hasta el rellano de Cochéu Cimiru (tras el cantizal de las peñas), lo bordeamos por la vaguada derecha, y por cualquiera de los senderos enlazamos con una calzada vieja que sigue a Rio-seco y al pueblo de Llamo.

También podríamos bajar por la garganta de Foz y La Mesta (izquierda de las peñas): pero hay que descender por un antiguo camino paralelo al cauce del arroyo, hoy tan intransitable que no recomendamos (en ciertas épocas, puede resultar realmente peligroso).

El cobre de Texeo: *piedriquinas* azules, verdes... (azurita, malaquita...)

Ya entre los edificios semide-ruidos de Rioseco, vamos apreciando lo que las *barcias* nos dejan ver. Y vamos ascendiendo hacia las minas por una amplia calzada en piedra, que zigzaguea uniforme hacia estos altos bajo L'Aramo. Abajo, va quedando el complejo destartalado de las fundiciones del cobre sobre el pueblo de Llamo: *balsas*, *barracones*, *murias* todavía en pie.



A la entrada de La Cueva Gancios

Poco a poco (despacio, casi una hora) damos con el complejo (que dicen romano o prerromano) de las minas de Texeo, hoy, una vez más, cerradas: varias escombreras blanquecinas semiocultas entre las zarzas se descuelgan sucesivas por la ladera.

Todavía cosechamos algunas muestras de colores, que salvamos del matorral, por lo menos, con las filminas y las fotos: cuanto más pequeñas las piedras, más intensas en colores (doradas, verdes, azuladas....).

María, la montañera más joven de Cruz Roja (siete años), incluso ve en las piedras algo más que *colorinos*, fósiles, o rayas: dice que a ella le sirven todas. Seguimos rebuscando y atendiendo a la lección, también de la benjamina.

Varias bocaminas, talladas algunas con cuidado en roca viva, se suceden escalonadas por la cresta

de la caliza riosana que mira al este.

Al *tayu* cada mañana, sin más billete de ida y vuelta que la pendiente de la *calzá*

Ya de vuelta por la misma senda, nos detenemos en el descenso ante unos cuantos cables gruesos y oxidados, que siguen fuertemente amarrados a las rocas: se diría que todavía hubieran de lanzar al vacío aquellos *baldes*, que transportaban por el aire el material desde una a otra vertiente del mismo valle de Rioseco. Eran los cables del mineral.

Recuerdan, todavía, la historia y las pendientes de la calzada muchos riosanos y lenenses de estos pueblos. Y es que estas minas de Texeo (romanas, tal vez prerromanas) se prolongan casi ininterrumpidas hasta nuestros días.

Nos cuentan la historia al detalle algunos mineros que recorrían

a pie muchos kilómetros entre la ida y la vuelta al trabajo: no había otro medio ni remedio. Y de la mañana a la tarde, no habían de encontrar más diferencias que el cambio de sentido de la calzada: antes de amanecer, para subir al tajo; casi al anochecer, para descender al valle con los huesos desencajados en busca del poblado.

En fin, y tras el tajo, de nuevo a casa (6-8 kms de monte en monte): hasta los años sesenta, los jóvenes de Armá, La Muela, La Mara Muniz, Braña Chamosa, Muñón..., cruzaban a pie las estribaciones del Aramo para arrancar piedras de cobre en las minas de Texeo.

El nombre de Rioseco, en una tierra *Riosa*

Desde los restos riosanos de Rioseco, miramos de nuevo a los altos de Chamixé, para otear por

el hayedo el ascenso al cordal lenense. Pero antes rebuscamos en el arroyo el nombre de Rioseco: el lugar exacto de las *murias* tal vez antes que *romanas*.

Giramos un poco al surdeste, y en el cruce del arroyo que baja de Foz y de Conforcos (*la foz*, casi intransitable hoy entre las peñas), nos explicamos el nombre del paraje: el río aparece y desaparece según las *gavias* del cauce, y según la época del año. Por algo a la tierra del concejo dieron en llamar *Riosa*.

El pequeño riachuelo de Foz baja hoy agua bastante, con los traveses de la nieve pegados a las sombras y recovecos *aveseos* del Aramo. Pero estas mismas aguas del arroyo desaparecen de golpe un poco más arriba entre las oquedades de *la foz*, para reaparecer a borbotores en una grieta de la caliza, justo a nuestros pies. Es un *río*, en algunas épocas y tramos, *seco*.

Bajo Las Minas de Texeo a la hora del *bocata*, en Rioseco (Riosa)



El Puzu los Chobos de Foz, bajo Chamixé (Riosa)

Un Puzu los Chobos en un encuentro de valles y regueros: Conforcos, Foz, La Mesta...

Ascendemos por la pista en dirección al Alto Riosa, divisorio con Lena. Enseguida nos desviamos a la derecha, bordeando las peñas, hacia El Cochéu Cimiru: collado en alto y en pando como describe el nombre.

Al otro lado de la cresta rocosa, tras *el mayéu*, columbramos la depresión de Foz: profunda garganta caliza, tan agreste como arriesgada para cruzar. El camino que ascendía de Llamo parejo al río lleva algunos años en desuso (hoy se sube en coche por las pistas de los altos), por lo que la *foz* se ha

vuelto impracticable en ciertas épocas.

En la garganta de la *foz* confluyen algunos valles y regueros: de ahí los nombres (Conforcos, La Mesta, el mismo Foz...). Y de ahí la estrategia calculada por los lugareños para instalar un *puzu chobos*.

Así, desde el apacible rellano de Cochéu Cimiru, a media vertiente riosana, buscamos *el puzu chobos*. En dirección más bien surdeste, descendemos poco más de cien metros hasta una solitaria *faya*. Cruzamos el arroyo semiseco entre *chamargas*, y casi en la misma falda del hayedo topamos de bruces, y sin más problemas, con *El Puzu los Chobos de Foz*.

El pozo lobero (*lobal*, en otras zonas) se conserva bien: una profunda corra hundida en tierra, en un lugar estratégico al paso de los lobos entre las inhóspitas breñas de Foz, y bosque del Mofusu, al otro lado de Peral.

La estrategia del pozo lobal en una confluencia de paso obligado

El pozo *chobiniegu* se excavó justo en el lugar llamado del *Confurcu*, con nombre descriptivo evidente: un 'lugar de confluencia de canales y regueros', a modo de *forcón*. Y, a su vez, junto a *La Mesta* —que viene a ser lo mismo: otro 'lugar en que confluyen' (*'se amestan'*) las respectivas vertientes de las laderas'.

La estrategia del *pozu* estaba bien estudiada por los lugareños:

entre tanta confluencia, no podían dispersarse, tampoco, los *chobos* ni otros animales salvajes, siempre en el punto de mira de los ganaderos.

La *corra*, allí un poco disimulada en el silencio oscuro (*chobiniegu*) del *fayeru*, conserva casi íntegras sus paredes circulares en piedra tallada. Sólo una *ablanar* solitaria, nacida inoportuna en la pared que mira al este (supo ella buscar bien la luz del sol), amenaza con reventar, poco a poco, la cara interior del pozo, la que mira al norte, con algunos musgos ya, y otras plantas propias de la humedad y *l'aveseo*.

Las dimensiones calculadas de un pozu, pa que los chobos nun pudieran saltar fuera

Las dimensiones del recinto lobal indican la función de la trampa años atrás: unos seis m. de diámetro, por unos cuatro en profundidad, más otros dos, ahora rellenos con hojarasca y piedras desmoronadas por el tiempo de la parte superior de las paredes. En total, unos seis m. en profundidad, según recuerdan los ganaderos. Era la norma de los pozos, para que, una vez en el hoyo, la alimaña no pudiera saltar fuera.

La técnica para el engaño era siempre la misma, con ligeras variantes: se cubría la boca del *pozu* con varales, *cebatos*, hojarasca...; se colocaba algún tipo de cebo, o animal vivo, atado en el centro su-

perior a un palo horizontal. Y se esperaban las sombras de la noche. En otras ocasiones, los ganaderos hacían batidas hasta conducir al animal a la trampa camuflada.

Y el resultado también era casi siempre el mismo: una vez dentro el animal, se retiraba el cabrito vivo (o el cebo), que había resistido heroicamente de reclamo. Y se abatía la alimaña con diversos métodos infalibles entre las garras y las sañas de unos vecinos siempre a la escucha de sus *vece-ras* y *reciechas*.

La leyenda del hombre-lobo, en el Puzu Foz

Una arraigada leyenda se conserva pareja a las paredes del pozo: "*Yera una muyer que tuvo un fñu de soltera. El mocecu foy creciendo ca vez más retorciu y en demoniéu, haciendo la vida imposible na so casa y nel chugar con el vecindario.*"

Cuando tenía siete años, al guaje ya nun lu aguantaba nin so madre, por lo que dixo-y un día ésta muy enfadá: "En mal chubu te convirtieras, siquiera nun fuera más que quince años".

Oyúse entonces mesmo una bramía, y en medio de un gran fumezu salú pe la puerta un chubu con el reu ente les pates.

El sucesu nun pasó a más. El pueblu quedó tranquilu. Pero empezó a observase algo raro en las batías contra los chobos: cuando tenían a varios ya acorralaos camín del Puzu, toos diban cayen-



La Fuente Chamixé, en el Alto Riosa

do atrapaos dientro, menos ún que lu furtiaba, pegaba un brincu, y nun diba a la trampa de los cebatos. Paez que lu golía: yera como si lu conciera, o hubiera pasao pichí munchas veces y esquivara el puzu. El caso yera que siempre se escapaba un chubu.

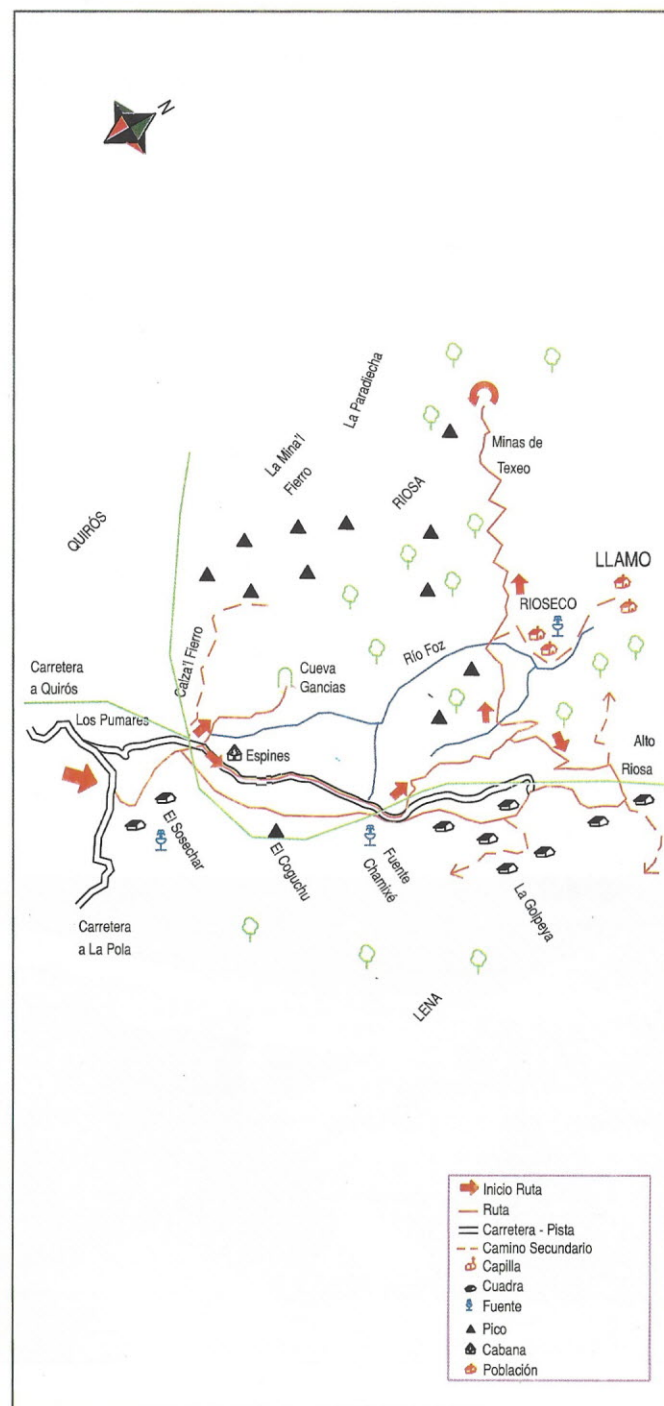
Foy pasando el tiempu, y xusto a los quinze años, entró pe la mesma puerta de la casa un muzu con pinta de serviciu militar cumplíu. —“Nun me reconoces, ma? —Non —contestó la madre. —Pues soy el to fiu mesmu convertíu en chubu, y ya con la pena redimía: aquí tienes, como prueba, quinze pelos arrancaos del pechu: los que me fueron saliendo, unu per cada año.

—Ahora caigo yo —dijo la madre—: yeras tú el chubu aquel que siempre en las batías saltaba per cima del Puzu Foz: yeras tú el condenéu que lu conocías bien.

La fuente Chamixé sobre la chamarga del lamedal

Con los ecos de la leyenda *chobiniega*, regresamos del Puzu, otra vez al Cochéu Cimiru (izquierda, subiendo). Tomamos la senda loma arriba, justo al sur, y en pocos minutos damos en el alto de Chamixé. Cruzamos la pista empedrada, y nos relajamos en la fuente que fluye generosa sobre la *chama* y la *chamarga* (el lamedal). De ahí, el nombre del paraje.

Con los ánimos renovados por las aguas de la altura, ascendemos hacia el Picu la Cachiparra, al tiempo que “leemos” el topónimo, en la *fastera de felechos* aplastados todavía con las últimas nevás. Y es que los *felechaes* crían bajo sus hojas cantidad de *cachiparras* (*Ixodes ricinus*): esas negruzcas ‘garrapatas’ a la espera de cualquier transeúnte (y no sólo ani-



mal) del que poder colgarse a su paso entre los *felechos*.

Por las *fozaúras* de los *xabalinos*, hacia el nombre de Cuchu Puircu

Y puestos a pisar zoónimos, pronto columbramos la cima del cordal entre tupidos acebales, ahora reconvertidos en perfectos conos verdes por los animales del invierno. Los propios *acebos* y las praderas horadadas por las *fozaúras* de los *xabalinos*, nos conducen al nombre de *Cuchu Puircu*: un altozano más apuntado que sirve de protección y sesteo a los *xabalinos* (*gochos de monte*).

Por fin, columbramos el último picacho más apuntado del cordal:

El Picu'l Coguchu. Encaramados en el rellano cimero, sentimos caer la tarde sobre Peral, de nuevo en coincidencia con los vaqueros del valle. Los ganados, mayores y menores, se van agrupando —y sin reloj— a la puerta del establo, a medida que el sol, tras L'Aramo, va dejando la tarde poco a poco más fría y gris sobre la vaguada.

Tampoco nos hacen falta a nosotros las manillas del reloj para entender que es la hora de bajar al Sosechar, justo a nuestros pies, bajo El Coguchu. De nuevo entre los coches damos fin, por hoy, a esta nueva "lectura" de paraje tan compartido entre riosanos, leneses y quirosanos.



El Sosechar

18. LA CUEVA BOSBIGRE: EL PASO DEL TIEMPO TRADUCIDO EN ESTALACTITAS

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Vache Peral (carretera a Quirós, km. 7), sobre 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** mismo punto de partida, sobre las 4 y pico de la tarde.
- **PARAJES DE INTERÉS:** El Mayéu los Pumares, El Yenu les Cereceres, La Cueva Bosbigre, El Camín del Puerto, el alto l'Aramá, El Chegu los Veneros...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-bajo (un poco de subida); la ruta se hace bien en 2-3 horas.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** invierno y primavera temprana, cuando los días son cortos, y aún hay pocas malezas entre las breñas.
- **TIEMPOS:** ruta muy corta (lo que se quiera estirar entre las peñas del Aramo es cosa aparte).

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Dejamos, otra vez, las cuadras y fincas de Peral (nunca La Peral, que deforman algunos mapas). Los ganaderos ya soltaron al pasto sus ganados tras las primeras yerbas primaverales: *los primeros grichos* —en el decir de los lugareños.

Con la imagen de Peral todavía en la retina, miramos arriba, hacia las peñas del Aramo, buscando en la brújula la orientación exacta de la Cueva Bosbigre: justo 300° al noroeste, izquierda de las *cabanas* de Los Pumares.

Y como no tenemos prisa, y preferimos la esponja de la pradera a los guijarros de las pistas, tomamos la senda que asciende por El Sosechar en dirección a Espinas y a la braña.

La última *cabana* de Los Pumares

A medida que vamos dejando el caserío del Sosechar, nos desvia-

mos por las camperas a la izquierda. Cruzamos algunos regatos *chamarguizos*, y ascendemos hacia el *mayéu* de la *cabana* (siempre en aquella dirección noroeste). A la derecha y arriba, sigue la *calzá'l fierro* hacia L'Aramo (ruta 17).

En pocos minutos pasamos entre las abundantes *murias* dispersas que velan por la última cabaña del Mayéu los Pumares: hasta quince edificios animaron la braña, unas décadas atrás. Y no eran iguales todas las *cabanas*: las redondas, las más antiguas; a medida que iban cayendo, los vaqueros las levantaban rectangulares o cuadradas, siempre más fáciles de construir y *reteyar*.

Los *manzanales* silvestres, que dieron nombre a la braña sobre el *vache* Peral

Y puestos a inventariar *murias* de cabañas, rebuscamos también entre *las espineras* y *las barcias*,

por si algún *manzanal* silvestre justificara el propio nombre de Los Pumares (lat. **pōmus**, ‘árbol frutal’, más **-āre**, ‘relativo a’). No cabe aquí el antropónimo.

Conocida es en estos y otros pueblos de montaña la afición de los vaqueros a conservar (e, incluso, a injertar) *manzanales monteses* en torno a las caserías más altas, lejos de casa. De esta forma, podían lograr algunos frutos por el otoño arriba (en la *seronda*), antes que empezaran a *cayer mañros el fayucu y les castañes*. A su modo, también habían de programar hasta los frutos.

Pero en esta época invernal nos resulta difícil distinguir todavía un *manzanal montés* (*Malus communis*) del espinio corriente, porque los dos tienen púas y levantan poco más del metro en estos altos calizos. No obstante, el nombre *pumares* ofrece pocas dudas en asturiano: ‘lugares de manzanos’.

En el caso del Puerto los Pumares (sobre los mil m.), ha de tratarse de manzanos silvestres (o asilvestrados), pero arovechables en aquel entorno, por menos dulces que resultaran aquellas manzanas pequeñas y tardías.

Más difícil resulta ya saber si el nombre de *Peral* (justo debajo) fue base o consecuencia de *Los Pumares*. El *vache Peral*, no obstante, más que de *peras*, parece venir de *piedras*, al estar sobre *Piedracea* y bajo la Cantera del Adoquín (la semejanza sólo es fónica).

El nombre de Los Pumares recuerda, en todo caso, que tanto las *peras* como las *manzanas* silves-

tres habían de estar presentes en la memoria de los brañeros, tan sólo unas décadas atrás. No por casualidad se hubieron de hermanar los dos nombres contiguos en el mismo valle: bajo Los Pumares, está Peral (aunque no coincidieran las referencias).

Y El Yenu les Cereceres, tampoco al azar sobre Los Pumares

Salimos del Mayéu los Pumares por la senda tras las *murias*, que nos lleva a la izquierda en dirección noroeste. Poco más arriba, los senderos se bifurcan: podemos rodear, aún a la izquierda, o seguir carba arriba a la falda del crestón calizo. El punto de destino va a ser el mismo: el acebal cimero bajo La Cueva Bosbigre y El Yenu les Cereceres.

La etimología popular relaciona el nombre de *Les Cereceres* con unas desafortunadas *muyeres* que llevaban por allí *cereces*, camino de los mercados leoneses, y que allí perecieron un mal día al cobijo del acebal. Pero la condición abrupta de estos *andurriales* entre las peñas justifica mal el paso de las imaginadas *cereceres*.

El nombre de *Les Cereceres* ha de tener otro origen más acorde con aquel entorno vegetal. Toda esta zona bajo L’Aramo está llena de *biesques* (‘bosques de espineras’), mezcladas con tupidos *acebales*; ellas y ellos cargados de frutos en su época.

Durante el otoño y el invierno, unas y otros, cubiertos de bayas

rojas, dan al paraje un aspecto rojizo intenso, atractivo no sólo de los *páxaros*, sino de cualquier transeúnte, un tiempo atrás sin *bocata* en la mochila. Sabido es que, en estos pueblos, las bayas de la espinera (*mayunques, cereces*) se comían sin más remilgos ni problemas.

Y en efecto, la interpretación metafórica, sin estar del todo clara, parece más acorde en referencia a las bayas de las espineras, en estos y otros pueblos asturianos llamadas ‘*cerezas*’ (por su parecido con las *cerezas montesas*): todas ellas son intensamente rojas, con mucha pepita..., si bien un poco secas, desabridas incluso.

A falta de otras más dulces, *que nun faltaren tampoco aquellos cereces, aunque fueren de les espineres* —nos explican algunos mayores en estos pueblos.

La Cueva Bosbigre, bajo Los Veneros

Tras el Yenu les Cereceres, seguimos el *camín del puerto* que zigzaguea empedrado sobre la serraspa, entre las pequeñas praderas y las peñas. A poco más de cien metros en línea recta, justo en la dirección de los 300° referencia (a unos 1050 m en altura), topamos con la boca de la cripta: *La Cueva Bosbigre*.

A la izquierda del camino, por tanto, subiendo desde Les Cereceres, bajo unas piedras alargadas, damos de bruces con la pequeña oquedad de la gruta (un metro cuadrado de abertura).

La boca misma de la cueva, completamente libre de malezas (tan poco amigas éstas de la caliza en los altos), inclina, no obstante, a la prudencia, dado lo exiguo de la entrada. Bajamos con cuidado los tres o cuatro metros que descienden suaves a la estancia mayor, ya más holgada.

Esta primera parte interior de La Cueva Bosbigre, ancha y alta, ofrece una coloración oscura, con algunas pequeñas estalactitas enmohecidas, lo mismo por la intemperie, que por el revoloteo agitado de las chovas, en sus idas y venidas a los nidos (allí mismo, bien a la vista). Es casi invierno, pero quisiéramos que chillaran ya los polluelos.

Estalactitas y estalagmitas, o millones de años desgarrados como “trofeo”

Provistos de linternas, contemplamos las maravillas (y los desagaces) colgadas de los techos, o plantadas por los siglos en el suelo. Por un momento, discutimos qué es mejor: si dejar la cueva protegida sólo por su oscuridad de siempre; o sacar a la luz del deterioro motivado el expolio en que se encuentra. Decidimos que se conozcan los expolios.

Numerosas estalactitas, limpias, brillantes, de distintos tamaños y grosores, penden (las más, pendían) del techo de la cueva. O se agarran estiradas a las paredes laterales en formas redondeadas. O se ramifican como nervios petrificados que sostuvieran las en-

trañas calizas del Aramo, con sus manos y brazos enlazados.

Una vez más, el afán coleccionista de “trofeos”, y el desprecio al entorno, fueron desgajando de cuajo unos cuantos ejemplares más al alcance de la mano y de la saña: de las formas más sutiles, sólo quedan las bases cercenadas.

Quedan hoy en La Cueva Bosbigre hileras de muñones mutilados, tal vez dispuestos a crecer de nuevo con paciencia milenaria: un centímetro cada cien años –en el decir de los expertos. La vista nos cerceña, también, de cuajo las palabras.

Quando las rapiñas todavía siguen deslumbrando en las vitrinas de un “hall”

El suelo de la pequeña gruta de Bosbigre, ya casi inaccesible, es más desolador si cabe: otras cuantas estalagmitas decapitadas (bastante gruesas a juzgar por los muñones), fueron reventadas con instrumentos más pesados, a golpe de martillo, o, como alguno intuye, a petardazos.

¿A alguien se le ocurriría pensar que unas cuantas estalactitas y estalagmitas merecían unos martillazos? ¿O a quién podría parecer que unos cuantos trozos de siglos cristalinos podrían adornar mejor las vitrinas de su salita? ¿Acaso las rapiñas siguen deslumbrando a las visitas en un “hall”? Pues, por lo visto, no son preguntas retóricas.

Dejamos cabizbajos el silencio milenario de Bosbigre. (Siguen cercenadas las palabras). Desfilamos de nuevo hacia el sol de la

mañana, pensando que las *grayas* son, desde sus *niales*, los únicos guardianes en las entrañas siempre gestantes del Aramo.

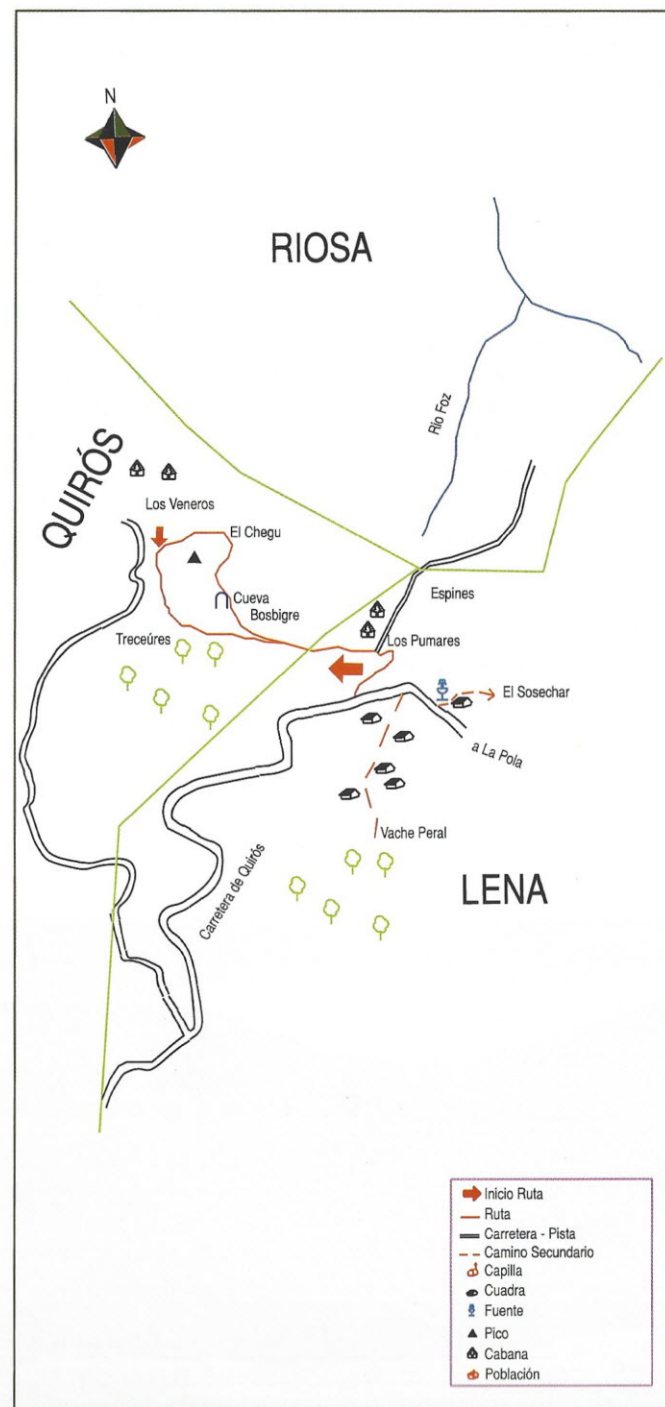
Por el camín del puerto, al Chegu los Veneros

Las estalactitas descuajadas de Bosbigre brillan todavía en las retinas bajo un sol radiante en las calizas de la *pena* (y de la pena). Retomamos con desgana la senda que trillaban los vaqueros hacia las brañas, tal vez ellos cabizbajos, tantas veces también, por otras muchas causas ajenas a las estalactitas y a las estalagmitas de la cueva.

Una calzada en piedra serpentea suave peña arriba, tan holgada entre las rocas, que se diría alguien trazó una tarde calurosa como ésta, y con muchos kilos más que nosotros a sus espaldas.

Con unos 320°, en poco menos de media hora columbramos el Alto l'Aramá. Y un paraje nuevo rompe la monotonía de las calizas en la subida: El Chegu los Veneros, rebozante en estos finales del invierno, se va rodeando de las primeras flores de la altura, brotadas tras los últimos neveros en torno a las aguas estancadas y a las *cabanas*.

Unos cuantos recorrimos a placer la braña de Los Veneros, mientras otros y otras prefirieron contemplar una buena parte del concejo y centro regional abajo, estirados al sol sobre los altos del lago. No pasa sin bajar Francisco a merodear por las riberas del *chegu*, a la espera, una vez más, de algún *salto de xaronca* en este caso.



Las vetas (las venas) del mineral dibujadas más allá de los romanos

La propia palabra de *Los Veneros* nos va llevando por la explanada. Nos acercamos a los *veneros* que todavía asoman hoy en forma de socavones y canteras en torno a la braña. Algunas piedras de color nos hacen imaginar el interés de aquellos primitivos buscadores de metales. Pequeños fósiles petrificados, piedras de hierro, vetas rojas o amarillentas, y otros *colorinos*..., o el dolmen conservado, fueron llenando gradualmente las horas de la braña.

Sobre las tres y pico de la tarde, con la brisa ya silbando fresca entre los riscos del *chegu*, dejamos

las calizas todavía soleadas. Giramos al oeste (hacia la pista del Gamoniteiru) y sin pisar un tramo del asfalto, justo en la curva más cerrada de la carretera a su paso por L'Aramá, cortamos canal abajo por la pendiente.

En pocos minutos (una media hora) retomamos la senda que cruza horizontal la vertiente bajo L'Aramo, de nuevo a Los Pumares. Nos adentramos entre los recovecos que van formando los viejos acebales de Bosbigre, volvemos al Yenu les Cereceres, y estirados por la vaguada, vamos cayendo otra vez en El Sosechar.

Una ruta muy corta (si se quiere) para los días más escasos, con sol pero sin nieve.



19. LA PENA CHAGO: PISANDO LOS ÚLTIMOS TRABES DEL INVIERNO

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** Tiós, hacia las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Tiós, sobre las 6 de la tarde (se hace en menos horas).
- **PARAJES DE INTERÉS:** El Puzu Chago, El Picu Chago, L'Escureo, Braña Valera...
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-alto (hay un desnivel pronunciado, que se sube bien, pero siempre picu arriba por La Pena Chago).
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** comienzos de la primavera, cuando el buen tiempo y los días ya más largos permiten disfrutar de los últimos neveros. En días muy claros (si se aguarda hasta la noche), se pueden contemplar, desde los altos de la peña, las luces y el faro de Xixón.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Partimos de Tiós. La posición vistosa y soleada del pueblo, casi en la base de la *pena*, es un buen impulso de salida.

Como ya recordamos de la otra ruta con nieve (ruta 9), tomamos el camino que asciende entre las *güertas* y las casas hacia lo cimero del poblado (La Yana). Tras los primeros repechos, la pista se suaviza con algunos rellanos que aprovechamos para contemplar los pueblos que se van relegando en sus respectivas laderas a uno y otro lado de los ríos Güerna y Payares.

Desde Arriondo, por el que fue *camín de forquéu*

Ya en Arriondo, finca más llana (casi 'reonda') a un par de kms. del pueblo (derecha subiendo), tras la desviación que desciende a Vache por la izquierda, dejamos la pista forestal. Por el antiguo camino (ya más *pindiu*) de Las Na-

variegas, *caracoliamos* arriba entre los *praos* de Las Crespas. El nombre es, ciertamente, oportuno para aquellos suelos tiesos y *en-crispaos*. Lo van notando las *ro-diellas*.

El *camín del forquéu*, por el que se bajaba yerba de los altos (cuando era ancho) está hoy convertido en *senderu de cascaya*, a falta de trasiego más intenso: algunos *gorbizos* y otros arbustos de las *xebes* fueron con los años reduciendo la calzada. Pero subimos bien, animados por las casas de Tiós que se van quedando en miniatura a nuestros pies.

Tampoco nos atrevemos a quejarnos. Pensamos las veces que hicieron la "cuestecita" tantos paisanos y paisanas de estos pueblos (mozos y menos mozos), no ya a diario, sino a tarde y a mañana: siempre de paso entre las casas, las *cuadras*, la *vecera*, o el *ganao*, los días de la yerba y de la braña.

La Guariza: los pastos de los bueyes

Con estos pensamientos y sin más problemas, columbramos poco a poco los *praos* de La Guariza (antes *boyeriza*, *buariza*...), o pastos de los bueyes. A ambos lados del camino van quedando las desviaciones a las fincas. Nosotros seguimos casi rectos por la pendiente entre las *cuadras*. Y allí saboreamos el agua que fluye generosa entre las calizas.

En un rellano tras la fuente de La Guariza, se bifurcan los destinos: a la derecha, hacia Espinas y Pili Cueva, por detrás de Las Paraxugas (pequeñas *paraxas*, 'zonas para el ganado, un poco menos pendientes' —como indica el nombre). A la izquierda, la senda continúa en *yano*, para luego elevarse en zig-zag por la vaguada de La Caliar hacia Los Navarriegos. Seguiremos, sin más, por el medio, rectos por la peña.

Entre los riscos de la caliar y las cogordas del nombre

Nos sentimos con fuerzas para cortar sin rodeos cresta arriba. Por esto, desde las cuadras de Las Guarizas, ascendemos con cuidado por las veredas del *ganao*: primero, entre unos riscos; luego *carba* abierta en travesera, con la vista siempre puesta en Cogordales (el último rellano saliente a la falda de La Pena Chago).

Y, así, de senda en senda, sin perder de vista el antiguo camino que serpentea más sereno por la

vaguada (La Caliar), damos, primero, en El Navariigu: finca y cuadra cimera a la izquierda, con su espectacular vista sobre el poblado de Vache, allá al fondo de las simas, y al cobijo de las calizas.

Tras la *cuadra* del Navariigu (por aquello del prerr. *nava*, 'llano entre montes'), giramos a la derecha (al norte) en dirección longitudinal a La Pena Chago. Por fin, columbramos el último rellano antes de enfrentarnos a la peña: El Mayéu Cogordales, en ciertas épocas del año, con abundantes *cogordas* (especie de setas que también usaban los vaqueros —por lo que nos cuentan— como *yisca* para encender el fuego con *pederal*).

Desde la atalaya de Cogordales, tras la subida encrespada, nos encaramamos entre algunos riscos para controlar una buena parte del concejo, sin otros esfuerzos que el giro de la vista alrededor (no es privilegio de todas las mañanas).

Directos al puzu Chago, que anuncia la mostayal

Pero hemos de seguir camino, y, todavía, cuesta arriba. Para evitar rodeos entre las calizas de Chago, y con las orientaciones dadas en el pueblo, calculamos la dirección a tomar: la única *mostayal* que resiste viva a la entrada del *puzu Chago*. Hay pocas probabilidades de equivocarse: es la última *mostayal* que sobrevive (y con una caña rota), en aquella cara este del macizo rocoso.

Ya con rumbo noroeste, a unos 330 grados, se recortan en la cima las ramas de la *mostayal*. Desde el *mayáin de Cogordales*, bordeamos los acebos. Tomamos cualquiera de las sendas trazadas por los ganados, más desdibujadas a medida que mengua el pasto y se espesan los riscos las rocas.

Aunque en forma de boceto, los hilos de los senderos son suficientes para no perderse en la subida. Una de esas sendas, conduce casi en travesera, directa al *puzu* (la sima bajo la cima). En días de *nublina*, en cambio, no conviene encaramar la *pena*.

El ajeteo de las chovas sobre la gavia

A medida que nos acercamos a la *mostayal*, aún deshojada, unas cuantas chovas alborotadas

(*Pyrhocorax graculos*) revolotean en espiral sobre la grieta oscura, o se lanzan en picado para estrellar sus graznidos entre aquellas breñas.

Como una seña más del misterio del *puzu* en las entrañas de Chago, contemplamos intrigados cómo aquellas chovas en revuelo pasaban, en pocos segundos, desde un intenso cielo azul al abismo más negro de la caverna. Tendrían sus razones para tan acalorados ajeteos y contrastes.

Por fin, a unos 40 ms de la cumbre, entre dos grandes *morrillos* y unos carrascos secos, la vereda, cada vez más pendiente entre los riscos, nos deja en la misma boca del *Puzu Chago*. Nos acercamos cautelosos a la *gavia* legendaria, de la que se dice no tiene fondo.



Sobre La Cuañal Tixu, hacia El Picu Chago



El Mayéu Brañavalera, también en pleno invierno

Entre la soledad de la *mostayal* y los nombres más arbolados de la peña

Encaramados entre las peñas del Puzu Chago, acompañamos por un buen rato la soledad de la *mostayal*: esperamos que siga allí por muchos años. Y tendemos la vista a los nombres más arbolados del valle: a unos 300 ms en línea recta descendente, está *La Rebochaliega*, sobre unos cuantos acebos (también ella con abundantes *rebochos*, y *pochiscos* ('el roble', en estos pueblos).

Finalmente, más abajo, las *cua-dras* y *praos* de *Espinas* (todavía con *espineras* frondosas). Unos y otros, los nombres vegetales bajo La Pena Chago se tejen en hilera por la vertiente inclinada de la cara que da al norte y al nordeste, cada año un poco más pelada.

Un abanico de pueblos, desde el mirador de Chago

Intrigados con el fondo de la *gavia*, el mito de alguna *xana*, y las leyendas del *puzu Chago*, salimos a la cumbre por una vereda estrecha (a unos 30 m. más arriba). En la misma cresta caliza, cambiamos de ladera por un canalizo a modo de *cuaña* entre peñas (queda un acebo protegido del viento por la roca).

Nos dejamos llevar al noroeste por el sendero que llaman La Cinta la Pena (franja caliza de la cresta). Con una orientación de 270 grados, ladeamos el crestón camino de la cima. En pocos minutos, estamos en el El Picu Chago.

Justo bajo los *acebales* cimeros (algunos son *carrascos*), reponemos fuerzas, nunca sabre-

mos si más satisfechos con los bocatas, o con el abanico de paisajes que se van desplegando en este soleado mediodía en plena peña.

Desde el mirador de Chago se van dibujando los pueblos mayores en las riberas de los ríos Güerna, Payares y Lena; los poblamientos medianos, en el intermedio de las laderas, rodeados por *las tierras de semar*; los poblados y caseríos menores, más dispersos al fondo de los valles, donde los rellanos se funden con las vertientes boscosas que culminan en los altos.

Y, sobre cada paraje, el nombre

Todo un mosaico de parajes y nombres: en dirección este, a los pies de la ladera, las casas de Campomanes, cada año un poco más atrevidas sobre las aguas del Güerna y del Payares; un poco más arriba, Malveo y Casorvía, rodeados de praderas recortadas por setos que hacen de cercas enlazadas; al fondo, en miniatura ya, los *teyaos* de Parana y de Vichar.

Más arriba por el Payares, como telón del escenario, brillan, al sol de las dos, las cimas nevadas de Tres Conceyos; El Ceyón (más al sur); Cuitu Nigru (al surdeste); La Penalba, Los Abiulares, El Penón de las Doce, La Tesa, La Mesa..., Penubina, Cheturbio, El Fariñentu, La Palazana (al suroeste); Pena Ruea (más al oeste aún)...

Y desde El Picu Chago, hasta la orilla del mar

Es temprano y no es cosa de aguardar aquí la noche; pero la escena puede continuar cuando se oculte el sol. En la oscuridad creciente del crepúsculo, el paisaje se prolonga hasta la misma orilla del mar (¡quién lo diría!): en noches sin bruma y sin *nublina*, se ven girar intermitentes los faros de Xixón y de Avilés (*de nuiche, ve-se al faro facer goyás* —dicen con precisión los ganaderos).

El *chaguete* que entraña el nombre, o cómo llegar a tiempo para "leer" algún topónimo en su momento

Empapados de concejo y de montañas (no logramos, por esta, ver el mar), seguimos hacia la pequeña laguna que dio nombre a la peña: La Yana Chago. Por la cara norte de las rocas, casi al filo de la cresta, retomamos la senda por encima de los *carrascos* y *acebos*, que van quedando más fonderos, a la derecha.

Nos asomamos por un momento a las *serrasas* cimeras, por comprobar si es cierto que la famosa *pena* del *puzu*, también conservara el *chago* que se combinó en el topónimo. Ya sospechamos que no ha de ser un 'lago' entre calizas (se filtrarían las aguas).

Y en esta época, lo comprobamos. El pequeño 'lago' invernal es evidente todavía: allí está, semicubierto de nieve, con un disperso regato inundando la pradera hacia el surdeste (sobre Vache).

Es el pequeño *chagete* que entraña el topónimo, y que tanto extraña en verano y otoño a lo cimero de una peña. También los topónimos tienen que ser contemplados y *leyíos nel so tiempu*.

Unas decenas de chovas, que parecen azabaches entre la nieve, picotean afanadas en el arroyo del lago ocasional. Las *chovas glayan*, se elevan, revoltean alborotadas, y vuelven en picado hacia los neveros y a las aguas en desnive. Parece que están de fiesta: callan unos minutos, vuelven a elevarse... Y otra vez a *glayar* con el mismo aparente desorden de fintas y graznidos al azar. Llegamos a la conclusión de que sólo ellas sabrán por qué.

Un recinto de *corras* al saliente en La Yana Chago

Otra escena nos detiene en el *mayáu en pando* del *chagete*: la zona superior de la explanada, ya hacia L'Escureo, está salpicada de varias *corras*, hoy reducidas a ciimientos de planta circular a ras de la pradera.

Contamos hasta unas 18 de diferentes tamaños (entre 2 y 4 ms de diámetro): las mayores, en el centro y a lo cimero. Algunas, apenas perceptibles ya, destacan algo más en el invierno, cuando aún no empezó a retoñar la *pación* de primavera. Dicen en Tiós que allí nunca hubo *cabanas*: se vaqueriaba más abajo, en El Llanón, en Los Chamargos. Pero no en La Yana Chago.

Nos vamos al Picu Chago con vencidos de un castro más, en

continuidad con el entorno prerromano de *La Cobertoria* y del *Aramo*. El caso es que las *corras* del recinto veraniego se levantaron disimuladas en la concavidad cimera de La Yana Chago: una cima estratégica en la confluencia de los distintos valles del concejo, que controla (sin ser controlada) un amplio entorno de paisajes y pasajes a través de estas montañas.

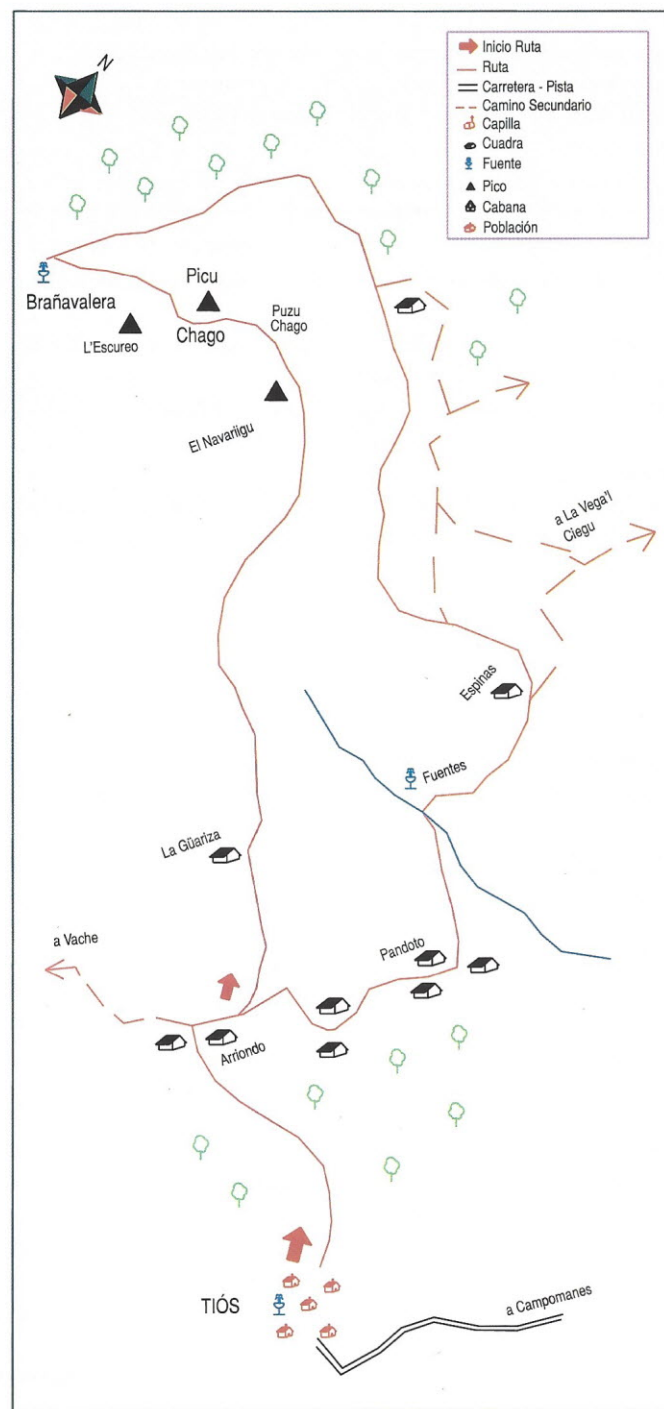
Y cavilando sobre la orientación y funciones de las *corras*, rematamos las andanzas por la *pena* en El Picu l'Escureo. Unos metros más arriba, en la misma dirección noroeste, abrimos otro abanico paisajístico al occidente del concejo: montes de Quirós, Teverga, Somiedo... Y buena parte del resto asturiano.

Por los neveros y las sombras del Escureo, a Brañavalera

Es primavera, pero llegamos a tiempo para "leer" algunos nombres más, escritos por el invierno y por la nieve en L'Escureo: sobre la soleada campera propia del verano en Brañavalera (*la braña*, lat. **verānea*), está la 'oscuridad' *avesea* de una vaguada a espaldas lo mismo del saliente que del poniente.

En efecto, *L'Escureo nun mira más que al norte* —nos explican los ganaderos cuando les preguntamos por el nombre—. Un lugar, ciertamente, 'oscuro, tenebroso, *aveseo*' (lat. *obscurus, escurus*).

Una vez más, el ensamblaje de los nombres diseñado por los lu-



gareños. De un lado, *Brañavalera*: un lugar para el verano, con nombre de persona (**Valera**, en relación con Valero, Valerón, Valerio...). Del otro, una *fastera* tan sombría que en estos comienzos de abril los trabes nos cortan el paso por los senderos.

Con un detalle más: el abrevadero del *Escureo* está completamente sepultado por la nieve. Sólo damos con él por las aguas que fluyen bajo la espesa capa dura que lo cubre (unos 3 m de grosor, todavía).

Con algunas fotos del trabe primavera, descendemos despacio por el nombre y por las *mangas* del canalizo en dirección al Mayéu Brañavalera, que ya divisamos bajo los acebales, sobre *los praos* y *las cuadras*.

Los conos royíos de los acebos tras el invierno

Serpenteamos entre los últimos neveros recortados por los cercos que marcan los *acebos*. Son los conos verdes del *acebal*, que sirvieron de alimento a los animales del invierno, como en otros tantos pastos cimeros.

Los *acebales* y *carrascales* de estos altos fueron siempre muy observados por los ganaderos: propiciaban maderas duras para muchos utensilios domésticos; sirven de guarida o de sesteo a ciertos animales de caza; producen bayas imprescindibles para las aves del invierno. Hasta sirven de cobijo al ganadero mientras pasa una *emboscá*. Los *acebos* y *ca-*

rrascos son, en fin, imprescindibles en los altos.

Acabamos por perder *el senderu* entre la nieve recortada por los conos del *acebal*. Pero seguimos, una vez más, el consejo de los lugareños: las huellas casi frescas de alguna *fuína* de paso nos indican la senda oculta bajo la nieve. El animal nunca se pierde: en pocos minutos salimos de nuevo a la campera.

“Leer” la braña también en el invierno

Como se dijo, al otro lado del *acebal*, se abren las camperas del verano, hoy casi desiertas (Brañavalera, La Campa la Xistra, El Mayéu la Cobertoria...). A juzgar por otras cuantas huellas sobre la nieve, suponemos que algunos pares de ojos nos estén vigilando agazapados en el fondo de cualquier *parrotal*. No lo comprobamos: por no molestar, y por si acaso...

Las horas de la tarde van cayendo en la campa hoy silenciosa, mientras la cruzamos a placer “leyendo” el suelo: huellas en todas direcciones, con cambio incluido de sentido; *xaroncas* y *renacuayos* en los charcos; tipos de *serdas* y de pelos colgados de artos y espineros; troncos manchados o arañados; pequeñas cañas *esgaxás a propiu intentu*; plumeros de algún *paxarín espiriquéu*; plantas que no pierden el verdor ni con las nieves; *páxaros* que no abandonan nunca la braña ni el *acebal*...

Ni la braña ni el *acebal* son los mismos en el invierno: la nieve, el



Nel Picu l'Escureo, mirando a Pena Ruea

barro de los senderos, las *serdas* y los pelos, las huellas, las ramas desgajadas o *royías*, las charcas, las *chamargas*..., son otras tantas páginas para “leer” sin prisas la vida que late bajo el invierno entre los acebos.

Repletos de notas en libretas, diapositivas, fotos..., dejamos de mala gana las campas que van de Brañavalera a La Cobertoria. Aunque no se quedan del todo solas: un par de yeguas con dos potrencos *quincenos* (de quince meses, que dicen los ganaderos) nos ven alejarnos con pena (con pena ellos y nosotros); tal vez esperan algo más que las caricias y buenos deseos que les damos al pasar. Aunque no están flacos, pensamos que habrían agradecido, con las caricias, unos terrones de azúcar. Y bien que lo “leemos” en sus ojos resignados.

Y volvemos a Tiós

Nos vamos de la braña, aún inverniza, con la vista de vez en cuando vuelta a los caballos y al silencio de la campa. En dirección surdeste bajo el *bebderu*, retomamos el antiguo camino convertido en pista entre más acebos.

Descendemos a destiempo por La Cuaña'l Tixu, Felgueranciosa, Espinas, La Trapa... Y paramos en La Fuente Fuentes: manantial que brota en la caliza, del que dicen los vaqueros se bebe hasta sin ganas. Y lo firmamos: ¿serán, también estas aguas, isotérmicas? Ciertamente, no están, ni mucho menos, invernizas.

Seguimos por Pandoto, Fondaloso, Gameo, Las Chamas, Arriondo, El Xitu... Y, sobre las siete y pico, dan nuestros pies de nuevo entre las casas de Tiós.

20. LA PENA CHAGO AL REVÉS: POR EL CAMINO MÁS FÁCIL (LA PISTA A BRAÑAVALLERA)

- **LUGAR Y HORA DE SALIDA:** como en la ruta anterior, desde Tiós, sobre las 10 de la mañana.
- **LUGAR Y HORA DE LLEGADA:** Tiós, sobre las 5 de la tarde (la subida es mucho menor por la pista que por la peña).
- **PARAJES DE INTERÉS:** los mismos, con el paraje de las tres Cobertorias.
- **NIVEL DE DIFICULTAD:** medio-bajo, sin otros cuidados que el descenso por la cara este de la peña (si se quiere). Podemos volver por la misma pista que subimos.
- **ÉPOCA RECOMENDADA:** cualquiera (cada una tiene su "lectura" desde los altos de Chago).
- **TIEMPOS:** se hace bien en 5-6 horas.

• DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

Seguimos desde Tiós la ruta anterior, o la de nieve (nº 9) hasta Pandoto: subimos por la pista que asciende tras el poblado hacia El Xitu, Arriondo, Las Chamas, Gameo, Fondaloso, Pandoto, Fuentes, y Espinas.

Sobre El Mayéu Espinas (a una hora, despacio), vamos perdiendo a Tiós de vista, al tiempo que se alejan a nuestros pies los pueblos de Sorribas, Otero, Mamorana...

Ascendemos ligeros tras la *cabana* de Felgueranciosa, La Cuaña'l Tixu..., y en pocos minutos salimos al *mayéu* de Brañavallera: braña casi en la cima, que enlaza con el *mayéu* de La Cobertoria, y el valle que desciende a Tablao, y Piedracea.

Entre el olor de la xistra y el diseño invernal de los acebos

Cruzamos hoy la braña en dirección noroeste escoltados por

los tupidos acebos que acicalan cada invierno los animales del monte. Doblado el alto de la braña, descendemos ligeramente por La Campa la Xistra. Bien nos llega el nombre en el olor: aunque cuando más huele la *xistra* ('los anisinos', *Meum athmanticum* Jacq.), es por el verano y el otoño arriba.

En diez minutos pasamos la línea de arbustos a la derecha de la loma, y damos en El Mayéu la Cobertoria: distinta a la del Alto (carretera a Quirós), y a la del valle (a los pies de Santa Cristina). Tres *Cobertorias* conectadas, por lo menos, en el nombre.

Una línea ondulada de acebos rodea estos *mayaos*. Se diría que fue cuidadosamente dibujada con tijeras de podar: todos a una misma altura, en disminución hacia el pical del arbusto, marcando bien los límites semicirculares entre parra y parra...

Lamentamos, por el contrario, la sinrazón que haya llevado a la

quema completa de varios *parrotales* en redondo. Luego nos explicarán el jueguecito: quemado la parra de *acebos* se asustan los bichos que salen azorados directos a las balas, o a las garras de los perros. Asusta el jueguecito.

Las tres Cobertorias: la conexión de los altos del Naredo con las vegas del río Lena

La campera y estos altos de La Cobertoria, a juzgar por los nombres y por su estrategia en el centro del concejo, debió ser aprovechado para la estancia prolongada desde muy pronto, como ahora hacen los caballos en el invierno con sus acebos. Ahí están *las corras* y las leyendas de enterramientos.

Merodeamos un buen rato entre *las corras*, reducidas hoy a *murias* circulares alrededor de una

campa tan vistosa como la del Mayéu la Cobertoria. Dicen los vaqueros que no fueron *cabanas* estas *corras*, bien orientadas al saliente.

Filmamos despacio los *morrillos* en algunos montículos, por si un día las leyendas en torno a sepulturas y cementerios de estos altos se vieran transformadas en *dólmenes*, *túmulos*..., como otras del Aramo. O por si algún día las garras de alguna pala hicieran desaparecer también estos *morrillos* en torno a las *corras*.

En todo caso, la conexión de las tres *Cobertorias* (en realidad, *coberteras*, *cubiertas*) es evidente. En la cumbre divisoria con Quirós, al comienzo del Aramo, está *El Alto la Cobertoria*, justo donde se comienza a subir hacia Los Fitos (cruce de la carretera).

En el centro de la cadena de salientes, bajo Chago, *El Mayéu la*



De paseo entre los *acebales* de La Cobertoria

Cobertoria: rellano divisorio del río Naredo y del río Lena (ambos ríos con nombres prerromanos). Ya fueron investigados algunos monumentos megalíticos del Aramo (Los Veneros, Los Fitos, Campa la Soma...). Finalmente, abajo, sobre las aguas del río Lena, La *Cobertoria* a secas.

Situados nosotros sobre El Picu del Mayéu la Cobertoria (cantizal más al este de la explanada al final de Brañavalería), observamos las casas de la otra *Cobertoria* más fondera, entre El Peridiechu, Santa Cristina, y La Vega'l Rey (la vega del río, sin más).

La estrategia primitiva de los altos, y el control del paso por las vegas del río Lena

Y conectando a un tiempo las tres *Cobertorias*, se nos ocurre pensar que los habitantes primitivos de los altos (por estrategia propia, o por fuerza ajena) hubieron de descender de las cimas a los valles por razones diversas.

Aparte de controlar, también, el paso por las vegas del río Lena (todavía despobladas), habrían de asegurar en los inviernos una vida más llevadera que entre los rigores invernales de las calizas de Chago.

Pudieran confirmar estos supuestos los huesos *descomunales* —en el decir de los vecinos— encontrados casualmente en torno a la campá y las fincas de Santa Cristina (tal vez, primero que monumento, un antiguo castro al estilo de los altos).

El nombre Cobertoria ('coberteras, losas, grandes piedras de cubierta') junto al nombre prerromano del Aramo

En realidad, el nombre de *Cobertoria* (hay otras en Asturias) está en relación con piedras que hacen de 'cubiertas, losas': se trataría de la voz supuesta **cooper-toria*, con el sentido neutro plural de 'cubiertas de una obra, coberteras', aplicada a los enterramientos megalíticos encontrados en toda la zona del Aramo (quedan dispersas entre las zarzas algunas de estas losas).

Como el origen de la voz parece latino, hay que pensar en una sucesión o desplazamiento ininterrumpido de unas culturas por otras: puestos a eliminar, los vendedores de los altos, los romanos, hubieron de quitar hasta el nombre de los vencidos (túmulos, dólmenes).

Tal vez sólo el nombre prerromano del Aramo es uno de los que no pudieron arrancar a los nativos los romanos. Sería por estar dedicado a un dios: **Aramo**, dios galo al que se ofrecía culto en la 'bifurcación de los caminos', según cuentan los estudiosos¹¹. Lo mismo ya ocurrió con **Bendueños**.

En fin, los vecinos de los pueblos del valle de La Cobertoria (Palacio, La Vega'l Rey...), conservan sus datos al par de los estudiosos. Por ejemplo, hablan de

¹¹ M. Sevilla Rodríguez. *Toponimia de origen indoeuropeo...*, p. 30.

unos enterramientos descubiertos en torno a la campera de Santa Cristina, en los que sacaron esos *güesos muy chargos, descomunales...*

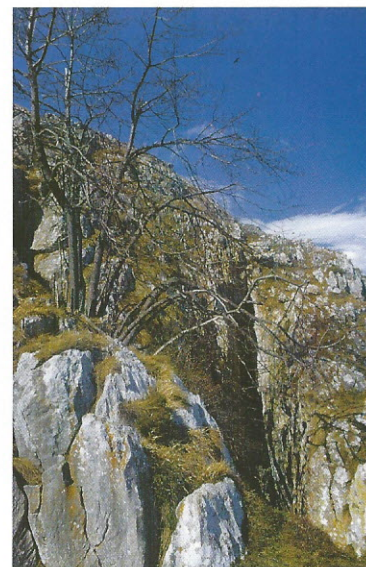
A lo mejor, como los nombres, eran los mismos *güesos* en el valle de La Cobertoria, que en los altos de Chago y del Aramo: tal vez eran los mismos aquellos *güesos* de un castro (más tarde palacete y ermita), y los *güesos* de los túmulos en los altos (Los Fitos, Los Veneros...).

El nombre de La Cobertoria, en definitiva, desplazado desde Chago y desde L'Aramo, pudiera ser el eje, romano o prerromano, de aquella incipiente organización de pueblos en las productivas vegas ribereñas del río Lena: *La Vega'l Rey* (prerr. **rēcu*, riego, curso de agua'), *La Vega'l Ciegu* (lat. *cē-cus*, 'lugar oculto, ciego a la vista del valle').

Y todavía, El Mayéu la Cobertoria, frente al Dolmen de Padrún, y Penedrá

Otra coincidencia más parece reforzar el tejido de lugares y nombres entre las tres Cobertorias: en la cima frente a nosotros, límite con Aller por Espinas, está El Dolmen del Padrún (Dolmen de Carabanés, para los alleraños)¹².

En efecto, desde el Picu la Cobertoria, justo en dirección este, casi a la misma altura, sobre el



El Puzu Chago, sobre Espina

valle de Columbiecho, asoma tras las *serraspas* de La Cerra el cantizal rocoso del *dolmen de Padrún*: a su lado, los tres gandes *morrillos* en el centro de aquella campá (no se divisan desde aquí, claro).

Completa el tejido de los nombres enlazados *Penedrá* (peña sobre La Cobertoria y Santa Cristina, subiendo al *dolmen*): tal vez lat. *pīnna adorata* ('peña adorada').

En resumen, un mosaico de lugares con nombres y referencias semejantes, contemplamos desde El Picu la Cobertoria y Brañavalería: tal vez, unas mismas culturas sucesivas en el tiempo hasta la actual Santa Cristina (a lo mejor, un lugar de culto prerromano, mucho antes que ermita o palacete).

¹² Ver ruta correspondiente de Carabanzo a Casorvia.



Espiando las *xanas* del puzu, y las leyendas

De vuelta al Escureo y a Chago (o de vuelta por la pista hacia Tiós)

Dejamos los escauceos por nombres y camperas, para volver a las mochilas y a los senderos. Desandamos el camino de nuevo a Brañavalera por La Campa la Xistra. A medida que llegamos a la braña, vamos girando a la derecha y arriba, en busca de cualquiera de las sendas que nos llevan entre los *acebos* hacia el alto de la peña (los conocemos bien de la ruta anterior).

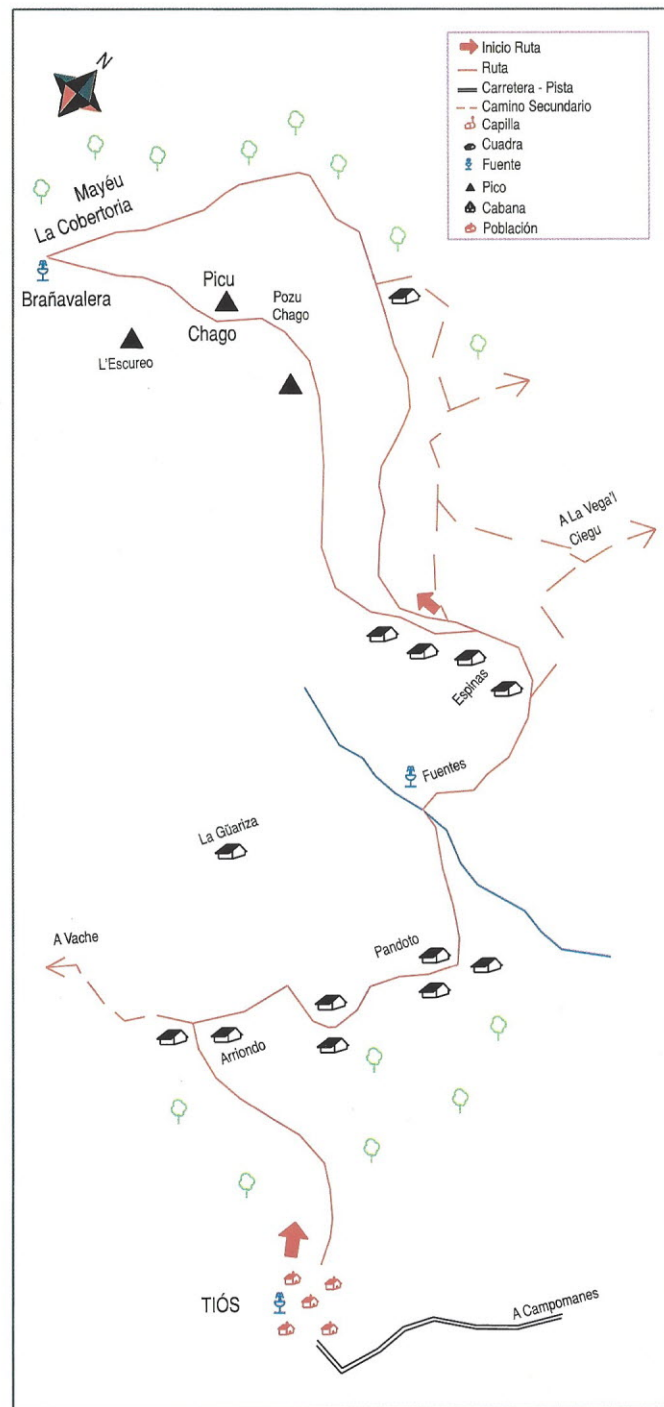
También podemos regresar de nuevo por la misma pista hasta Tiós: todo depende del día, de los ánimos... Se pueden, incluso, dividir las opiniones en dos rutas... Como no hay pérdida, estos altos dan para todo.

Subimos a La Pena Chago serpenteando entre los conos de *acebos* y *carrascos*, a la pesquisa de algunas huellas marcadas en el barrizal, o entre los últimos traveses de la nieve: *las fozauras de los xabalinos* contrastan en las camperas impecables, ya a punto de *grichar*, pero con el césped destrozado boca abajo en *reondeles*.

En poco más de media hora, damos en el *chaguete* de Chago. Dejamos a la derecha L'Escureo, arriamos a la izquierda hacia el borde calizo, y cresteamos sobre los riscos hasta la vistosa atalaya divisoria del concejo casi en pleno.

Una sobremesa bien *asoleyá* nel picu Chago

Como en la ruta anterior, disfrutamos un buen rato con *la rondiá*



—como también se dice en estos *chugares*— que se contempla desde la cima del saliente rocoso. (Sirva la descripción de la ruta anterior en este punto).

Es mediodía, no amenaza la *nublina*, ni sopla la brisa afilada como acostumbra, de modo que tiramos una hora larga entre *el boca-ta* y el *filanguiru* (la sobremesa, en fino), en lugar tan soleado y vistoso.

Repletas las retinas de distancias y colores, vamos descendiendo a Espinas (justo al este, a nuestros pies). Desde El Picu Chago, en dirección, primero, al sur (a la derecha de la peña), bordeamos la cresta por la cara que da a Zurea y a Vache (La Cinta la Pena).

Una vez más, al Puzu Chago guiados por la última *mostayal*

Una marcada senda sigue casi pegada a las calizas, hasta una *cuaña* por donde cambiamos de ladera en el estrechamiento de las rocas. Un acebo, que sobrevive apostado a la *penasca*, nos sirve de avi-

so para no perdernos entre aquellas riscos, acicalados, invierno tras invierno, por los vientos cortantes de la altura y de los *xelos*.

Tras el acebo solitario, volteamos la cresta a la izquierda (al este), por la cara de Tiós. Una vereda, más desdibujada ya, nos lleva directamente al *puzu Chago* (a unos 30 ms), bajo la *mostayal* que hace de guía imprescindible en la soledad de aquellas breñas hoy desarboladas.

El *puzu* no está protegido por *xebe* alguna, de modo que descendemos atentos al terreno y a la cima (atención doblada si se mete la niebla o hay neveros).

Desde aquí, la ruta tiene todos los descensos que queramos: *picu* abajo, llegamos a Tiós, sin más problemas que los propios de las *carbas*, cada año un poco más escasas en senderos (subimos en la ruta 19). El más fácil continúa recto justo al este, a nuestros pies, por los acebales de la La Rebochaliega (aquí sí hay *rebochos*), *praos* de Espinas, por donde subimos en la mañana. Y ya por la pista, a Tiós en hora escasa.